

Ocio, tiempo libre y tiempo liberado

Óskar Díez



Ilustración de Sergio Abrain.

El ocio es un invento reciente. Al menos, si lo consideramos como el conjunto de actividades realizadas en el tiempo *libre* o como el *tiempo libre* mismo. La llamada revolución industrial transformó la sociedad del Antiguo Régimen —tradicional, rural, de base agrícola e impulso mercantil— en una sociedad urbana, *moderna* e industrializada a través de la cual se imponía el modo de producción capitalista y, con ello, una forma nueva de considerar el tiempo y el trabajo. De esta nueva consideración del tiempo y del trabajo va a derivar, precisamente, el concepto contemporáneo de ocio.

Bien es cierto que las prácticas de lo que se identifica con el ocio hunden —en ocasiones— sus raíces en periodos anteriores, incluso remotos, de la historia. Su sentido, en cualquier caso, se ha transformado de manera decisiva con el triunfo de lo que se ha denominado sociedad de control (Foucault), sociedad del espectáculo (Debord) o, por decirlo con los mismos términos en los que lo hizo Marx, con el paso de la subsunción formal a la subsunción real del trabajo en el capital, es decir, el paso de una sociedad en la que el modo de producir capitalista se ha convertido en dominante a una sociedad en la que todas las relaciones —incluso las que incluimos en el concepto de ocio— están mediatizadas por el modo de producción capitalista. El ocio convertido en una mercancía más.

En un excelente ensayo (*Citius, altius, fortius*, Logroño, Pepitas de Calabaza, 2011), Federico Corriente y Jorge Montero han revisado recientemente la *historia* del deporte, realizando una exposición crítica de sus antecedentes y adelantando los orígenes del mismo al momento de forzosa instauración de la moral utilitaria propia de la burguesía industrial y capitalista. Sólo a partir de entonces y en el contexto de un proceso general de domesticación social, esta nueva sociedad, “tras perseguir y reprimir los impulsos

lúdicos durante su fase de gestación, encontró en el deporte el medio por excelencia para canalizarlos, pervertirlos y explotarlos” (p.378). El ocio ligado al deporte incorpora una serie de valores —control de tiempo, abstracción, separación, competitividad formalmente orientada a la obtención de un resultado— que son idénticos a los criterios bajo los que se produce la explotación económica del conjunto de la sociedad. “Así pues, —se señala al final del prólogo—, la «ética de la diversión» contemporánea no sería más que la prolongación de la vieja ética del trabajo por otros medios”.

“(...) la «ética de la diversión» contemporánea no sería más que la prolongación de la vieja ética del trabajo por otros medios”.

Desde otro punto de vista, enfatizando su vinculación con la técnica, Ernst Jünger había llamado también la atención sobre la transformación del ocio y el deporte en un aspecto más del trabajo total. Para él, el desarrollo tecnológico y productivo de la sociedad suponía una transformación integral de la vida que a partir de entonces se vería sometida, hasta en sus aspectos más lúdicos, a la dinámica propia de la *figura* del trabajador en un mundo donde los medios (la tecnología) se imponen por doquier a los fines. Jünger observa cómo la técnica invade cada aspecto de la vida desde lo propiamente productivo —o la guerra misma— hasta lo relacionado con la salud, el ocio, el deporte y demás actividades cotidianas, sometidas a la medición, cuantificación, cronometraje, estandarización propias de la producción fordista. *El Trabajador* o *Sobre el dolor* —ambos escritos en los años años treinta— al incidir en esta cuestión anticipan el

conglomerado de *gadgets* electrónicos en el que se ha convertido el ocio a comienzos del siglo veintiuno. Por otra parte, el tiempo del ocio establecido como *carencia* —escasez de tiempo *libre* frente a las exigencias cada vez mayores del trabajo o de la búsqueda y/o formación para el mismo— está sometido a presiones similares a las del propio tiempo de trabajo: agendas, *musts* (“*tener que hacer..., tener que visitar..., tener que...*”), procesos de estandarización, masificación, novedad... El propio concepto de lo nuevo, cuya emergencia detectara Baudelaire junto a la propia mercancía expuesta en los pasajes y bazares parisinos, es la supresión misma de una relación autónoma con el tiempo.

Y es verdad que fue todo muy distinto. A finales del paleolítico, la capacidad técnica de los grupos humanos debió permitir alcanzar niveles importantes en lo referido a adaptación al medio y satisfacción de las necesidades básicas hasta el punto en que las horas destinadas al tiempo de trabajo eran mínimas en comparación con el tiempo libre disponible. Riqueza y abundancia relativas, conseguidas con un esfuerzo limitado: es lo que el antropólogo Marshall Sahlins denominó la *opulenta sociedad primitiva*. En aquellas circunstancias los procesos intersubjetivos debieron cobrar un impulso extraordinario y favorecieron el desarrollo de lo que en el transcurso de los siglos acabará conformando la ciencia, el arte, la literatura, la religión... Observar y contar —inventar— historias. Con razón se ha señalado cómo las posteriores y reiteradas narraciones y mitos en torno a un paraíso perdido del que los seres humanos habrían sido expulsados tienen, sin duda, su origen en dicho periodo.

Esta situación se prolongaría, en parte, durante el Neolítico hasta que —impulsados por la creciente acumulación de riqueza generada por las prácticas agrícolas— los nuevos poderes surgidos de la guerra y de la

centralización del discurso mágico-religioso se fueron apropiando el trabajo de las diferentes comunidades y fueron sustituyendo a aquellas *primitivas* comunidades libres por los *modernos* estados esclavistas.

En las nuevas sociedades agrícolas, los poderes se apropian del suelo o de su producto o, directamente, de los productores; el trabajo deviene maldición.

“ Riqueza y abundancia relativas, conseguidas con un esfuerzo limitado: es lo que el antropólogo Marshall Sahlins denominó la opulenta sociedad primitiva. ”

Como es sabido, la liberación de la servidumbre del trabajo es en la Grecia clásica la condición básica de la ciudadanía y la única garantía de la participación efectiva en el gobierno de la ciudad. Estar privado de tiempo significa estar apartado del poder y estar privado de la libertad, pero también del acceso a la verdad y al saber que garantizan la plenitud que prometería nuestro ideal de ocio. Tomo de *La Regla del juego* de José Luis Pardo la siguiente indicación: “En el Teeteto hay un pasaje (...) en el cual Sócrates advierte a Teodoro que, de seguir el diálogo la dirección que acaba de iniciarse, éste les llevaría “muy lejos”, es decir, les tomaría *mucho tiempo*. Teodoro reacciona airado a esta observación: “¿Es que acaso no tenemos *tiempo libre*?”. No sólo —entonces— las posibilidades de acceso a la actividad *política* sino también las posibilidades del acceso al conocimiento, a la verdad, pasan por la disponibilidad de un tiempo distinto del tiempo esclavo sometido al cronómetro: el tiempo ilimitado del hombre libre, el Tiempo Libre. No se trata en esta concepción clásica —como sí lo es en nuestra época— de un “tiempo

total” escindido en “tiempo de trabajo”, de obligaciones y tiempo de no-trabajo, “libre” u ocio, sino que el tiempo libre y el tiempo esclavo se excluyen mutuamente, percepción que, transformada, aún perdurará en la mentalidad popular hasta los inicios de la industrialización, pero que se difuminará, tal vez definitivamente, a partir del s. XIX.

En Roma, ocio, poder y espectáculo se asocian mediante lo que la fórmula acuñada por Juvenal parece ilustrar con precisión: *panem et circenses*. La conocida expresión alude al modo de actuar de las autoridades públicas: el poder romano trata de saciar las necesidades básicas de la plebe repartiendo en ciertas ocasiones alimentos gratuitamente; al tiempo, asume a una escala nunca antes vista la tarea de proporcionar contenidos para que la ociosidad del pueblo se canalice hacia unos espectáculos y unas diversiones cuya finalidad es la propaganda del estado y el prestigio de sus promotores y —por supuesto— evitar que el descontento de la población degenerara en conflictos de difícil control. En este sentido, hay ciertas concomitancias con la experiencia del ocio contemporánea; no parece, sin embargo, que el estado romano se preocupase de modo alguno por la explotación intensiva del tiempo de sus súbditos. No sólo los espectáculos eran gratuitos sino que entre las dádivas del poder estaba la multiplicación de los días festivos. La estabilidad de la autoridad romana dependía en cierto modo de que las demandas de diversión del pueblo fuesen puntualmente satisfechas pero —a diferencia de lo que ocurre en nuestra moderna sociedad del espectáculo, basada en lo que bien se podría denominar la *producción social del tedio*— nunca se planteó crear esa necesidad sistemáticamente.

La desintegración del poder del estado romano rompe con la *anomalía* urbana y el conjunto de la sociedad se homogeneiza en torno a las labores agrícolas. Ocio y tiempo

de trabajo están imbricados en un proceso único ligado a las labores del campo. El campesino, lo mismo que el artesano, tienen un control sobre el producto de su trabajo que va acompañado de una relación autónoma con el tiempo de su trabajo y de su descanso por muy exiguo que este fuera. Se trabaja según los ciclos naturales y según las horas de luz. Los relojes de las torres del ayuntamiento o de las iglesias o catedrales señalan —más que prescriben— un ritmo a la vida cotidiana. La tradición, no tanto la autoridad, determina las fiestas; a la Iglesia, las más de las veces, no le queda más que apropiarse y recuperar las festividades tradicionales y *paganas* dándoles un significado religioso.

El gran giro lo va a procurar la fábrica. Con el modo de producción industrial, el obrero pierde el control sobre el producto que elabora a la vez y por la misma razón que pierde el control sobre el tiempo, sobre su propio *tempo*. Leopold Roc, en un artículo titulado “La domesticación industrial” y publicado en la revista francesa *Os Cangaceiros*, recuerda algunos de los aspectos básicos del *Domestic System* previo a la institución de la fábrica: “Los pobres podían considerar todavía su trabajo como un «arte» sobre el cual tenían un notable margen de decisión. Pero, sobre todo, seguían siendo dueños del empleo de su tiempo: trabajando a domicilio y pudiendo pararse cuando les venía en gana, su tiempo de trabajo escapaba a todo cálculo”. La fábrica va a acabar con todo eso. El rechazo inicial al nuevo formato de trabajo va a ser masivo. La mayor parte de la población consideraba una desdicha total tener que emplearse en una de estas factorías: dejarse encadenar a las máquinas durante jornadas interminables bajo el control del cronómetro no fue algo que los trabajadores aceptasen fácilmente. Significaba el fin del tiempo libre. Los empleadores debían recorrer grandes distancias para conseguir obreros: muchos de

los que probaban no regresaban y de los que regresaban muchos no lo hacían hasta que se habían gastado el dinero en las tabernas: “El aumento de salario era tiempo ganado al trabajo (lo que significaba una feliz inversión de la máxima utilitarista de Benjamin Franklin: *time is money*). El tiempo arrebatado a la fábrica se pasaba en las *public-houses* [«pubs»]. (...) . Cuanto más dinero tenían los pobres, más se lo bebían (...) para gran desconsuelo de los economistas, que pretendían hacerles gastar de forma útil” (L. Roc). Como respuesta, los poderes dominantes —por un lado— articularon al servicio del capital las leyes de pobres, vagos y maleantes que proscribían la vida ociosa, elevándola a categoría de delito y —en todo caso— a la consideración de moralmente sospechosa. Por otro lado, favorecieron la difusión del deporte reglamentado y de un ocio bajo control. Por su parte, los trabajadores vieron cómo se suprimían progresivamente días no laborables del calendario semanal (el *lunes santo*) y anual a lo que respondieron tomándose *su tiempo* de ocio en la propia fábrica. El taylorismo y la cadena de montaje pusieron fin a esa autonomía. Entre medias, el luddismo y su destrucción de máquinas.

“Estar privado de tiempo significa estar apartado del poder y estar privado de la libertad, pero también del acceso a la verdad y al saber que garantizan la plenitud que prometería nuestro ideal de ocio.”

En el prólogo de 1883 a su *El derecho a la Pereza*, Paul Lafargue señala lo siguiente: “En el seno de la Comisión sobre Educación Primaria de 1849, el señor Thiers decía: «Quiero recuperar con toda su fuerza la influencia del clero, porque cuento con

él para propagar esa buena filosofía que enseña al hombre que está aquí para sufrir y oponerla a esa otra filosofía que dice al hombre todo lo contrario: Disfruta». El señor Thiers formulaba así la moral de la clase burguesa, cuyo feroz egoísmo y estrecha inteligencia él encarnaba”. El ideal de la explotación ilimitada que acompañó a la burguesía en los albores de la revolución industrial amenazó la existencia misma del ocio.

“Con el modo de producción industrial, el obrero pierde el control sobre el producto que elabora a la vez y por la misma razón que pierde el control sobre el tiempo, sobre su propio tiempo.”

A partir del último cuarto del siglo XIX, la presión del movimiento obrero y, sobre todo, la propia dinámica del capitalismo que no sólo debe maximizar el beneficio reduciendo los costes y aumentando la productividad, sino que debe garantizarse el disponer de un *mercado interior* va a empujar al alza los salarios —más allá de lo estrictamente necesario para la reproducción de la fuerza de trabajo— y va a recortar las horas de trabajo. A medida que se consolida la subsunción formal del trabajo en el capital, el trabajador debe recibir ya no meramente el salario mínimo imprescindible para su supervivencia como trabajador sino un suplemento que lo eleve a consumidor —un consumidor, eso sí, bajo control—. El salario recibido debe ser el mínimo necesario para contribuir a la reproducción de su vida social, del sistema mismo, de la sociedad misma. El proceso es paralelo a la constitución del Olimpismo: “Ya desde finales del siglo XIX se había formulado toda una filosofía positiva burguesa del deporte, que adoptaron estadistas, políticos e

ideólogos de toda laya, todos unánimes en considerar el deporte como excelso medio de integración de la agresividad social, así como en destacar el papel pedagógico que podía desempeñar como forma de competición simbólica. El máximo difusor de esta ideología fue el aristócrata francés Pierre de Coubertin.” (F. Corriente y J. Montero, p.175).

Controlar el uso de los salarios de los trabajadores, enseñar a gastar correctamente; controlar el uso del tiempo fuera de la fábrica, enseñar a disponer adecuadamente del tiempo *libre*: son los aspectos claves que van a determinar el desarrollo del ocio contemporáneo. En todo ello serán determinantes los medios de comunicación de masas y la publicidad cuya creciente sofisticación preside el nuevo siglo. Entre sus efectos más visibles, la configuración de la espantosa moderna red de espacios de ocio y consumo conocidos con el nombre —¿sarcástico?— de *grandes superficies*.

Frente a todo ello, frente a ese “uso y disfrute” del *tiempo libre*, tal vez convendría imaginar un horizonte para la constitución de un ocio distinto, de un tiempo *liberado*.